

Entre los escritores de la actual generación argentina, dos monopolizan el interés de Buenos Aires, representado por sus barrios más típicos: Boedo y la calle Florida. Eduardo Mallea, con sus densas novelas *La bahía del silencio* y *La ciudad junto al río inmóvil* refleja el Buenos Aires simbolizado en la calle Florida. Leonidas Barletta, en varios relatos y, sobre todo en *La ciudad de un hombre*, novela el Buenos Aires de la gente humilde, de las vidas trágicas en su desamparo social. Como en *El Mata-dero* de Echeverría, Barletta recoge el latido del alma anónima y dolorida de la gran ciudad.

Hemos querido esquematizar los aspectos más salientes del enjundioso estudio de Pagés Larraya, a fin de destacar la agudeza de su análisis de las novelas ambientes en Buenos Aires y el trabajo de erudición que ésto ha significado. Tiene este ensayo el valor de un guía que nos ayuda a recorrer la metrópolis argentina en su trayectoria más que centenaria y en los múltiples aspectos de su evolución social, política y urbanística.—MILTON ROSSEL.



LA ETERNIDAD CONTIGO de *Benedicto Chuaqui*

Es difícil saber hasta qué extremo un hombre puede soportar el valor de su propio destino, guardarlo, apagado, entre sus voces secretas, matarlo profundamente entre sus silencios, enterrarlo con avidez en el fondo de sus días.

Algo busca como una solitaria mano terrestre, algo hurga las entrañas de sus horas, algo quiere permanecer, quedarse viviendo con una grande desesperación de morir. No es el trueque de una realidad por otra, no es una vida que se desprende de otra en un constante vaivén, no es una muerte cayéndose, callada, en la raíz de su propia muerte. Para los «correveydile» de la literatura que juegan con estos elementos, la poesía ya tiene su

árbol propicio, su justo cuervo, su perfecto círculo rondando encima de tan melodiosos cadáveres. La poesía también tiene sus lentas, inexorables venganzas.

Si el hombre tiene que caer, si la tierra, si sus furias, si su dolor tiene que caer y también su angustia y su desesperación, las palabras, el lenguaje, cava, gastando, lastimado en su núcleo comunicante dispuesto a agonizar, cuando la herida no es la justa, cuando la muerte cierra con premeditación los ojos y los sueños.

¿Cuánto es posible durar cantando?

¿Desde dónde cae la sangre, a dónde va, por quién pregunta, por quién se desboca y coagula?

¿Dónde caen los ojos, dónde se derraman los huesos, sin término? Es para crear un poema que el hombre queda vacío como los abismos, sin lágrimas: llamando.

Existe una calidad humana, algo de metal y fuego que puede crujir y arder, abrir ciertas puertas, tal vez las más profundas, ciertas voces tal vez las más necesarias. Y en este límite es preciso hablar de este libro de Benedicto Chuaqui. Hasta aquí sus tumbos sonaban solamente como caídas, la tierra sólo sepultaba sus muertos y el tiempo era más ligero que su premura. Pero desde el fondo de esta última exigencia, cruje, irrumpe, salta esta voz que regresa y encuentra su exacta voz. Y es necesario escucharla. Llor al silencio desvencijado de esta pureza podrida; es necesario hablar de ciertos muertos que muchos no adoran.

¿Qué extraño color tiene la sangre de la tierra y de los hombres? Ahí está como un pez girando, levemente cantando. Si a este precio fué elaborada y parida, como una temblorosa columna vaciada y nutrida y mutilada, he aquí el comienzo de la poesía, sus ecos se desgarran como criaturas dispuestas a existir.

Justa valorización de la realidad, trueque armonioso con los sueños, ironía abierta como las aguas y dolor retumbando como los árboles son las características de estos poemas de Benedicto Chuaqui. No todos tienen la misma calidad. A veces.

cae, se pierde al contacto de su sinceridad que continúa los ruidos caminos que parten y llegan sin término. Pero el canto retoma sus verdaderas raíces en los poemas 9 y 11, por ejemplo, y es ahí donde su voz es auténticamente personal y confirma la imperiosa necesidad de su mensaje. Prologó este libro Mahfud Massis y Andrés Sabella escribió una nota liminar.—ALFONSO ALCALDE.



LA POESÍA DE JORGE JOBET, por *Augusto Rembler*

Recientemente nos ha entregado Jorge Jobet su libro, «El Descubridor Maravillado», expresión lírica depurada de un poeta de alta jerarquía estilística y conceptual.

Jorge Jobet es un poeta e intelectual de amplia y sólida cultura, conocedor de idiomas, lector infatigable, que vive entregado al estudio y la reflexión. Sin embargo, no es de aquellos intelectuales y poetas que se encierran y aíslan del contacto fecundo con la vida social, con la realidad actuante; ni tampoco de aquéllos que se marginan cómodamente de las ásperas luchas ideológicas y políticas. Como hombre de su época, con sensibilidad estética y social, participa en ellas y trata de ayudar generosamente al proceso de superación del medio nacional en que están empeñadas las grandes fuerzas democráticas del país. Asimismo ha llevado a efecto una vasta y combativa labor periodística y una fecunda tarea docente. Pero la actividad esencial de su vida, la que le da contenido y destino, es la poesía, a la que dedica lo mejor de su ser y de su espíritu. Por sobre todo es poeta. No de aquellos que explotan lo fácil y espontáneo; es un poeta profundo, íntimo, total, que a medida que pase el tiempo hará más bella y profunda poesía.

En carta de un año atrás nos decía: «Tengo una gran obra y estoy totalmente seguro de su calidad. El tiempo lo dirá mejor que yo. Estudio y leo mucho, llevo una vida opaca y silen-